

JEAN-PIERRE AMALRIC

Universidad de Toulouse

EL PENSAMIENTO POLÍTICO
DE LA ILUSTRACIÓN FRANCESA
EN EL CONTEXTO EUROPEO



LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS
Y LOS DPTOS. DE HISTORIA MODERNA Y DE FILOSOFIA MORAL DE LA
UNIVERSITAT DE VALENCIA

Se complacen en invitarle a la Conferencia que dentro del Ciclo “**Ilustración Europea**” se celebrará el día 9 de Mayo, a las 19:30 horas en el Centre Cultural de BANCAIXA, Plaza de Tetuán 23, a cargo de:

Jean - Pierre Amalric

(Profesor de Historia Moderna de la Universidad de Toulouse, Francia)

Sobre el tema: **El pensamiento político de la Ilustración Francesa en el contexto europeo.**

fundació
Colabora: **BANCAIXA**

Valencia, Mayo 2000

DESDE hace varias generaciones, la Historia tal como ha sido enseñada y divulgada, desde la escuela elemental hasta la Universidad, nos ha acostumbrado a asociar estrechamente en un grupo coherente a los pensadores franceses formando colectivamente el grupo de *filósofos* y a considerarlo como el motor de las *Luces*.

En su lección inaugural en el Collège de France, donde le ha sido confiada la cátedra de “Historia de la Francia de la Luces”, Daniel Roche, reconociendo la deuda hacia pensadores como Adam Smith o E. Kant, ha renovado la atestiguación de que en el siglo XVIII es Francia la que “hace la Europa de las Luces” porque afirma la voluntad de probar la universalidad de los valores que los filósofos franceses eran capaces de crear o de apropiarse”.¹ Para la corriente de pensamiento que ha celebrado su papel histórico, estos profetas de las Luces formaban un bloque del que emanaba a pesar de sus divergencias un mismo pensamiento que debía engendrar el gesto de la Revolución Francesa. Así su cantor más inspirado del s. XIX, que no es otro que Jules Michelet, llegó a hacer de su pensamiento el “credo del siglo XVIII”, sobre el que se apoya “la soberanía de Francia en Europa”.² Pero es preciso observar que quienes han denunciado más firmemente su nocividad, como Hipólito Taine en Francia, en España Marcelino Menéndez y Pelayo, le atribuyen de manera análoga la responsabilidad de los hábitos de la civilización europea. ¿Cómo podemos hoy rendir cuentas del lugar central de este “modelo francés” en Europa, y en qué medida conviene relativizarlo?

El impacto excepcional de los filósofos franceses lleva a un nuevo status social que en diversos grados hace reconocer al intelectual en tanto que individuo, y a los intelectuales en tanto que grupo, dentro de la sociedad del Antiguo Régimen. Hasta entonces, en la Francia del Absolutismo habían debido sufrir en cierta medida el estar sometidos al poder, aceptando ser o bien some-

¹ Daniel Roche, *Leçon inaugurale au Collège de France*, 19 de noviembre de 1999, París, p. 34.

² Jules Michelet, *Histoire de France*, “Louis XV”, Chapitre XXI, “Credo du XVIIIe siècle”.

tidos, o bien marginados, o incluso sospechosos: ¿no fue en Estocolmo, en el exilio, donde se arriesgó a morir Descartes?

Los filósofos consiguen por su parte invertir, o al menos equilibrar, esta relación de fuerzas, ante todo en la medida en que consiguen conquistar un grado real de independencia y no estar sometidos a la voluntad del soberano. Algunos detentan un cargo público en toda propiedad, en virtud de la venalidad de los oficios: así el barón de Montesquieu heredó de su tío la prestigiosa y lucrativa función de presidente con birrete en el Parlamento de Burdeos, uno de los principales cargos de justicia del reino; cuando se decida a venderlo para consagrarse a los asuntos del espíritu, sabrá administrar sabiamente los bienes que le quedan, como sus viñas en Bordelais, para vivir sin necesidades. Voltaire es de condición más modesta: nacido Jean-Marie Arouet, es hijo de notario, nieto de vendedor de paños, salido pues de la burguesía parisina. Formado con los jesuitas, es consciente muy pronto de las posibilidades de promoción que le da su talento para la escritura. Comienza por explorar las voces conformistas, versificando *La Henriada*, epopeya de estilo académico para la gloria del rey Enrique IV, fundador de la dinastía de los Borbones. Ostentando la función honorífica de historiógrafo del rey, no evita los deberes que ello implica, y cumple matando dos pájaros de un tiro con la publicación de una obra a propósito, *El siglo de Luis XIV*. Es en el teatro, género literario en boga, donde pide también el reconocimiento de sus contemporáneos, que aclaman las representaciones de sus tragedias, olvidadas en nuestros días. Pero pronto esta carrera oficial no colma sus aspiraciones. Una vida aventurera le conduce a Inglaterra, donde descubre la vitalidad de la difusión de noticias e ideas no conformistas: con las *Cartas Inglesas*, un nuevo género literario se abre ante él, en el que su talento y su acierto con la escritura hicieron maravillas, conquistando un vasto público. Infatigable polígrafo, no rechaza redondear su patrimonio gracias a plazas judiciales (en concreto en los préstamos “para la gran aventura” para el comercio de Indias, incluso por mediación de negociantes de Cádiz). Alcanzando en fin la cima de su carrera, decide establecerse en Ferney, a las puertas de las fronteras del reino. Escapando así de las molestias del poder, asume con placer la condición de señor rural, velando tanto por percibir sus rentas como por ejercer su autoridad patriarcal sobre sus campesinos. Muy alejado de este itinerario de ascensión social, Jean-Jacques Rousseau, “ciudadano de Ginebra”, habiendo huido de su ciudad, parece separarse de la nueva elite intelectual formada por sus contemporáneos. Sin embargo la voluntad de independencia, en todos los sentidos del término, es en su caso más indomable.

Inestable, incapaz de establecerse, vive de la precariedad de empleos temporales –aprendiz, grabador, musicólogo, secretario de embajada, compositor de música, apasionado por la botánica– situándose por un tiempo más o menos largo bajo la protección de damas influyentes e incluso de grandes señoras... Pero en su caso el apego le conduce más a menudo a la ruptura, como si buscara rehusar toda tutela, tomando como testigos de su vida a sus lectores,

tanto de sus desgracias como de sus entusiasmos, hasta el punto de hacer de su personaje el héroe de una epopeya sentimental e intelectual que provocaba la simpatía o la indignación de un amplio público.

Convertidos así en actores de su tiempo, estos autores y otros han sentido, cada uno a su manera, la llamada de una opinión en rápido desarrollo y han respondido con brío recurriendo a nuevas formas de sociabilidad como la evolución de técnicas de publicación y comercialización de la escritura. Lejos de actuar en la soledad de su torre de marfil, los filósofos se han insertado en las redes cada vez más densas de comunicación intelectual, no ignorando ni el formalismo de los círculos elegidos que constituyen las academias, ni la libertad de palabra en los salones de moda. El joven Montesquieu no desdeña ser recibido por la Academia de Burdeos pocos años después de su fundación, de ejercer enseguida las funciones de director y de redactar a su gusto múltiples memorias sobre los temas más variados, aunque antes de ser elegido en la Academia francesa. Es cierto que el autor de *El espíritu de las Leyes* pertenece a las elites de la cuna y el saber. Pero un inconformista impenitente como Rousseau debe del mismo modo sus primeros éxitos públicos a los *Discursos* compuestos sobre cuestiones sometidas a concurso por las Academias de Dijon (*sobre las Ciencias y las Artes* en 1750, *sobre el origen de la desigualdad en 1754*) y de Lyon (*Discurso sobre las ventajas de las ciencias y las artes, 1751*).

Más formada, más dinámica, más espontánea, la sociedad de los salones multiplica las ocasiones de reencuentros marcados por el espíritu, la controversia, las curiosidades más diversas, del Club del Entresuelo frecuentado por Montesquieu llegado a París a esas libres instituciones que fueron los salones de Mme. Geoffrin y de Mme. De Deffand, más tarde el de Mme. Necker, y de sus émulos. Ahora bien, este centro de pensadores y autores va interesando a un público cada vez más amplio que asegura una difusión creciente de obras impresas: el libro hace su entrada en el entorno doméstico de los ciudadanos, mientras que numerosas ciudades se ven provistas de bibliotecas públicas. Ciertos libros conocen verdaderos éxitos de librería, como lo demuestran sus sucesivas ediciones: a cuarenta años de distancia, las *Cartas persas*, primero publicadas en 1721 sin nombre de autor, y *La Nueva Héloïse*, publicada a finales de 1760, aportan la gloria a sus respectivos autores. La empresa, dirigida por Diderot y D'Alembert, que constituye la publicación de la *Enciclopedia* debía prolongarse durante una quincena de años, con la colaboración de autores ilustres u oscuros. Su éxito fue a la medida de su ambición, gracias al sostén de los suscriptores franceses y extranjeros, demostrando hasta qué punto los filósofos supieron ir por delante de las expectativas de un vasto público ávido de saber.

Pero el auditorio de los filósofos franceses, dando prueba de un cosmopolitismo ampliamente europeo, supera con creces las fronteras del reino. A decir verdad, esta dimensión europea no concierne solamente a la difusión de sus obras: es constitutiva de la génesis de su pensamiento, de sus personalidades, de su entorno. Si importante es entonces el prestigio, no les basta con conocer

el reino de Francia, su historia, su cultura, sin someterlos a una reflexión crítica recurriendo al comparativismo. La biografía de cada uno de ellos testimonia el interés concedido a todo lo que pasa en otra parte, más allá de las fronteras, gracias sobre todo a viajes y estancias que les conducen a varios países extranjeros en circunstancias bien diferentes. Ocasiones de descubrimientos y de reencuentros, los largos viajes de Montesquieu, de Austria a Italia (1728-1729), después a Inglaterra (1729-1731), le permiten reunir una gran parte de los materiales utilizados más tarde para la redacción de *El Espíritu de las Leyes* y tienen por tanto un lugar esencial en la formación de su pensamiento. Para Voltaire como para Rousseau o incluso Diderot, las estancias en tierra extranjera están ligadas a circunstancias más agitadas, bajo el exilio para escapar de persecuciones a la búsqueda de alta protección, seguidos por otra parte de decepciones. La distancia mantenida con respecto a la monarquía francesa conduce en efecto a buscar lugares de modelos nuevos, sea bajo la monarquía parlamentaria inglesa, sea bajo el despotismo ilustrado exhibido por Prusia y por Rusia, a riesgo de ceder a la ceguera de seducción de los poderes despóticos. Por crueles que sean las experiencias de Voltaire en la corte de Federico II, de Diderot en la de la “Semíramis del Norte”, la zarina Catalina II, son tanto duras decepciones como ricas enseñanzas. A falta de cumplir su deseo de convertirse en la eminencia gris del rey de Prusia, Voltaire se enfrenta en Berlín con el cinismo del soberano, avivando la controversia con otros exiliados, el geómetra Maupertuis –presidente de la Academia real–, el materialista La Mettrie. Su huida le conduce por un tiempo a Ginebra, donde la seducción del calvinismo cederá pronto ante la experiencia.

El itinerario europeo de Voltaire tiene un atractivo especial por el conocimiento adquirido en la adversidad de los hechos, como las peregrinaciones de Jean-Jacques Rousseau a merced de sus aventuras y desventuras en Francia, en Saboya, en su Suiza natal, e incluso en Venecia (1743-1744), sin olvidar su estancia en Inglaterra (1766-1767), donde pone los fundamentos para su “alegato por el vagabundeo y el movimiento”.³ Y por su parte, costará a Diderot renunciar a “la admiración y el entusiasmo” del que es objeto en la corte de Catalina II, que había pagado los gastos de su largo viaje, le había ofrecido ropa de corte ricamente forrada y entregado “una piedra grabada en un anillo –su retrato–, joya que él apreciaba más que todos los tesoros del mundo”.⁴ A su manera, cada uno de sus contemporáneos hizo del exilio una búsqueda, a menudo contrariada, de un pensamiento libre de coacciones.

La resonancia europea de los filósofos se propaga a través de una mezcla de relaciones e instrumentos que han aprendido a manejar. La atracción que ejercen de parte a parte de Europa llama y retiene en París a pensadores de

³ La expresión es de Daniel Roche, *op. cit.*, p. 33.

⁴ Madame de Vandeul (hija de Diderot), *Memorias para servir a la historia de la vida de Diderot*, en D. Diderot, *Oeuvres complètes*, edición de Roger Lewinter, Club français du livre, París, 1969, p. 795.

diversa procedencia, como el inglés Hume, el abad Galiani, napolitano, el americano Benjamin Franklin, y de manera prolongada el barón alemán Grimm, cuya abundante correspondencia contribuye poderosamente a la difusión de los hechos y gestas de la vida intelectual parisina en buena parte de Europa. Pero es preciso recalcar hasta qué punto todos aquellos que entonces piensan y escriben en francés gozan de un verdadero privilegio en razón de la resplandeciente preponderancia de esta lengua entre las élites europeas, comenzando por la generalización de su uso en la diplomacia y su empleo muy difundido en las gacetas, en particular en las de Holanda, las mejor informadas y las más leídas. Particularmente significativo es el caso de un adversario temible de la hegemonía francesa, el rey de Prusia Federico II, que presume de literatura: desdeñando el alemán, su lengua materna que juzga “demasiado verbosa”, se vale de Pierre Bayle, Fontenelle, Montesquieu, y redacta él mismo en francés sus propias obras, como su abundante correspondencia (incluso con su hermana Wilhelmine, Margravina de Bayreuth).⁵ “No es más extraño, escribe, que un alemán escriba en nuestros días en francés de lo que era en tiempos de Cicerón que un romano escribiera en griego”.⁶

La lengua es por tanto un vector inestimable de comunicación e influencia, que se propaga en todo el espacio europeo, dando a los espíritus de diversas nacionalidades un utillaje mental y cultural hecho de palabras y de conceptos comunes. Si, como proclama Voltaire, “los libros gobiernan el mundo”,⁷ es primero en francés como son enunciados los valores invocados que son el “progreso”, la “humanidad”, la “tolerancia”, o como son denunciados los males a extirpar, “fanatismo”, “superstición”, “tiranía”; en francés se libran por encima de las fronteras la mayor parte de las grandes polémicas del siglo, y se forman por tanto las fuerzas motoras entre las que Europa viene a escindirse en los últimos años, sacudida por el choque de la Revolución Francesa.

Se comprueba entonces que la tesis clásica que asigna a Francia y a sus filósofos el impulso decisivo del vasto movimiento de las Luces no carece de argumentos. Sin duda no es exclusiva: si nos referimos al caso de España, la obra clásica de Juan Sarrailh, que se propone rendir cuentas de la globalidad del movimiento de ideas y de sentimientos en la España del siglo XVIII, detalla todo lo que él debe al “conocimiento del extranjero”, y no solamente de Francia.⁸ La aportación de los filósofos franceses no es exclusiva, ni mucho menos; los espíritus ilustrados son particularmente receptivos a la renovación del pensamiento jurídico debida a obras italianas como el famoso *Dei delitti e delle pene* de Beccaria y la *Ciencia de la Legislación* de Filangieri, que fueron objeto

⁵ Louis Réau, *L'Europe française au siècle des Lumières*, Albin Michel, París, 1938, reedición de 1971, pp. 84-88.

⁶ *Ibid.*, p. 28.

⁷ Citado por: René Pomeau, *La religion de Voltaire*, Librería A.-G. Nizet, París, 1994, p. 360.

⁸ Jean Sarrailh, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIe siècle*, Klincksieck, París, 1964. Cf. los títulos de los capítulos VI y VII de la 2ª parte, pp. 287-372.

de traducciones al español publicadas respectivamente en 1774 y 1787.⁹ Incluso, las grandes obras de pensadores ingleses, abogando por el liberalismo, no fueron ignoradas, en particular las de John Locke, leídas y admiradas por Menéndez Valdés, las de David Hume y Adam Smith, de quien se editó en 1794 una traducción de *The Wealth of Nations...*

Sin embargo, es preciso reconocer la preeminencia de los autores franceses en las lecturas extranjeras de los hombres de la Ilustración, a la vez por razones lingüísticas (era más habitual en España leer entonces el francés que el inglés o *a fortiori* el alemán), y a causa de la provocadora notoriedad adquirida por los más famosos. Esta empresa cultural puede observarse y medirse en la composición de las bibliotecas que han llegado a nuestros días.

Un ejemplo remarcable, a buen decir excepcional, es ofrecido por las obras de la “biblioteca francesa” constituida por Pablo de Olavide, confiscadas e inventariadas por la Inquisición en sus arrestos, en las que Marcelin Defourneaux identificó varios autores.¹⁰ Algunas obras de diversa procedencia se encuentran en traducciones francesas: se retendrá a aquellos autores italianos del siglo XVI y XVII con tufo sulfuroso (como las *Obras* de Maquiavelo, la *Historia del Concilio de Trento* de Paolo Sarpi, e incluso una traducción de Giordano Bruno), el *Elogio de la locura* de Erasmo, algunas traducciones de pensadores ingleses (Bacon, Pope y naturalmente dos títulos de Locke), así como una docena de novelas (entre ellas *Robinson Crusoe* de Defoe, y obras de Fielding, Richardson, Swift y otros)... En total, confundidos todos los orígenes se enumeran una treintena de títulos de autores no franceses, apenas un 7% sobre un total de 450. Más de un 90% de la biblioteca del asistente de Sevilla está repleta de obras escritas por autores franceses, entre los que figuran, junto al *Diccionario* y las *Cartas* de su antecesor Pierre Bayle, todos los “filósofos” más famosos, en concreto Montesquieu, Voltaire (no menos de 31 volúmenes), Rousseau, Diderot (la *Carta sobre las cegueras*), Helvetius, el abad Raynal, y por supuesto la *Enciclopedia*. Claro es que hay que guardarse de generalizar el ejemplo de Olavide, francófilo y militante de las Luces, pero en un grado menor no se hará mal en reconocer la presencia significativa de los principales títulos publicados por filósofos franceses en toda biblioteca de ilustrado reconocido.

Sin embargo esta innegable atracción es obstaculizada en España por barreras que no consiguen abatirse completamente en el transcurso del siglo. Algunos insisten en la persistencia de los prejuicios negativos sustentados en el ala activa de los filósofos con respecto a España, como Voltaire que escribía al Marqués de Miranda: “los griegos esclavos tienen cien veces más libertad en Constantinopla de la que usted tiene en Madrid”.¹¹ Y en efecto se observa que ninguno de estos viajeros impenitentes que han surcado Europa se ha dejado

⁹ Richard Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*, Aguilar, Madrid, 1964, pp. 50-51.

¹⁰ Marcelin Defourneaux, *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado*, P.U.F., París, 1959, pp. 476-491.

¹¹ Carta del 10 de agosto de 1767, citada por Jean Sarrailh, op. cit., p. 288.

tentar por el viaje a España, como si se mantuvieran apartados por prudencia o aprensión. Más tangibles son los obstáculos que subsisten por parte de España, y que conciernen tanto a la importación de libros impresos en Francia como a la edición de traducciones españolas. En este último caso, la censura es confiada al Consejo de Castilla y, bajo su autoridad, al *Juez de imprentas*. En su examen de la evolución de la censura durante el reinado de Carlos III, Lucienne Domergue ha puesto en evidencia el combate de retaguardia dirigido por el juez Juan Curiel, ejecutor aplicado a los “paladines de la reglamentación a toda costa” y al “dirigismo administrativo”,¹² y su fracaso final frente al proyecto de espíritu liberal promovido por Campomanes, fiscal del *Consejo*, en quien Ángel González Palencia ha visto al artífice de “el avance fundado en la imitación de las instituciones y modos extranjeros”.¹³ Sin embargo, no hay que confundirse: las nuevas disposiciones promulgadas a partir de 1762 aligeran y simplifican los procesos, pero no suprimen la censura previa. Toda publicación queda sometida a la autorización del Consejo de Castilla, deliberada a vista del informe realizado por un censor nombrado para este fin. Desde 1766, las inquietudes despertadas por el motín de Esquilache provocan por parte de las autoridades un aumento de vigilancia, que no se relajará más tarde sino de manera temporal, autorizando en los años 1780 la publicación de algunas obras significativas y la eclosión de una prensa más abundante y diversa como no había sido hasta entonces, y no será a partir de 1789.

Está entonces fuera de duda que los lectores españoles puedan disponer de traducciones autorizadas de la gran mayoría de obras de filósofos franceses. Entre los más ilustres, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot, se convierten en autores tabú, que no pueden ser evocados más que con palabras encubiertas. Las tres raras obras traducidas son publicadas sin nombre de autor, como la *Historia de Carlos XII*, publicada en 1734 y varias veces reeditada. Sólo los lectores más sagaces sabrán descubrirlo en una cita, ver una adaptación más o menos disfrazada bajo el velo del anonimato en una obra o un periódico español. Así Paul-J. Guinard ha podido identificar una adaptación de *Zadig* aparecida en 1759 en uno de los múltiples periódicos publicados por Nipho, el *Diario noticioso*,¹⁴ y reconstruir en el audaz *Censor* pasajes extraídos de textos de Montesquieu y de Rousseau.¹⁵ Las raras traducciones publicadas en España conciernen a obras juzgadas –con o sin razón– de carácter más científico o literario que ideológico: hay que citar en particular la *Historia natural* de Buffon, traducida por Clavijo y Fajardo y publicada a partir de 1785,¹⁶ como la *Lógica*

¹² Lucienne Domergue, *Censura y Luces en la España de Carlos III*, Ediciones del C.N.R.S., París-Toulouse, 1982, p. 24.

¹³ A. González Palencia, *El sevillano Don Juan Curiel, juez de imprentas*, CSIC, Sevilla, 1945, p. 127.

¹⁴ P. J. Guinard, “Une adaptation espagnole de *Zadig* au XVIIIe siècle”, *Revue de littérature comparée*, XXXII, 4, 1958, pp. 481-495.

¹⁵ P. J. Guinard, *La presse espagnole de 1737 à 1791*, París, 1973, pp. 296-297.

¹⁶ Esta traducción de 20 tomos publicada entre 1785 y 1805 sigue a la *Historia Natural del hombre*, publicada en 1773. Cf. R. Herr, *op. cit.*, p. 36.

y otros escritos de Condillac y los *Entretenimientos de Phocion* de su hermano Mably.¹⁷ Si a esto se añade la traducción de dos comedias “lacrimosas” de Diderot y sobre todo la de *Historia de las dos Indias* del abad Guillaume Raynal, emprendida por el Duque de Almodóvar, publicada sin nombre de autor a partir de 1784 y que quedó inacabada, se ha elaborado el inventario poco más o menos exhaustivo de obras de filósofos franceses que franquearon la rigurosa barrera de la censura española. En lo esencial, el conjunto de su obra quedó proscrito para los lectores en lengua castellana.

En cuanto a la élite capaz de leer el texto original en francés, como Olavide, deben vencer los riesgos de la importación de libros, pero sobre todo escapar a la Inquisición. Debemos a Marcelin Defourneaux un estudio de referencia sobre la *Inquisición española y los libros franceses en el siglo XVIII*, cuyo balance es plenamente válido.¹⁸ Las condenas de las obras mayores se suceden sin interrupción a partir de 1750, antes de ser recogidas en la edición del *Índice último* publicado en 1789: son así atacadas particularmente *El Espíritu de las Leyes* en 1756, la *Enciclopedia* en 1759, todos los escritos de Voltaire, en bloque, en 1762, *El Emilio* en 1764... Convertida en lo sucesivo en un instrumento de combate ideológico, la Inquisición levanta piedra tras piedra una muralla destinada a impedir la penetración del pensamiento subversivo procedente de Francia. Por supuesto, su eficacia no fue total. Por una parte, debía aceptar deliberar en los casos debidamente justificados permitiendo guardar ciertas obras condenadas: el conde de Peñaflorida obtuvo así en 1772 el placer de colocar la *Enciclopedia* en la biblioteca de la Sociedad vasca de Amigos del País.¹⁹ Pero es sobre todo el comercio de contrabando, vigilado de modo más o menos estricto según la coyuntura política, el que alimenta una difusión limitada, pero real, de obras llegadas del extranjero. Una corriente de curiosidad, el atractivo de la fruta prohibida, e incluso el esnobismo, consigue deslizarse a través de la doble barrera, real e inquisitorial, que pretendía preservar a España del contagio. Sin duda el editor del *Censor*, el impertinente Cañuelo, juzgaba demasiado severamente al lector movido “por una vanidad insensata y por hacer creer que ha leído libros que los demás no leen (...) habla sin saber de qué cosas que no tiene la menor idea”.²⁰ Al menos reconocía así el prestigio del que gozaban estas obras entre los ilustrados y sus émulos.

Este rápido panorama nos invita, en suma, a una conclusión matizada. A escala de Europa, los filósofos franceses son los protagonistas de una empresa colectiva llamada, pese a sus disonancias, a sacudir profundamente la vida intelectual y el devenir político del continente incluso si no deben eclipsar los otros centros de pensamiento activos en Inglaterra, Alemania, o incluso en Ita-

¹⁷ La traducción de *La Lógica* publicada en 1784. Cf. R. Herr, *op. cit.*, pp. 58-59.

¹⁸ Marcelin Defourneaux, *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIIIe siècle*, P.U.F., París, 1963.

¹⁹ J. Sarrailh, *op. cit.*, p. 235.

²⁰ *El Censor*, 1781, pp. 731-732, citado por R. Herr, *op. cit.*, p. 72.

lia. Han conseguido en efecto promover un nuevo actor social que tomará más tarde el nombre de intelectual en el primer rango de la escena, aunque algunos estarán tentados de exagerar su papel hasta el punto de convertirlos en los principales artífices de la Revolución Francesa y los trastornos que ésta inaugura. Pero, seguramente, es en España donde su influencia, obstaculizada por la sospecha de los poderes establecidos y particularmente por la policía inquisitorial, se manifestó de la manera más fragmentaria, indirecta y llena de malentendidos. Cercanas y lejanas a la vez, las Luces venidas de Francia son vistas aquí a través de un prisma deformante, mito idealizado por unos, aquelarre demoníaco para otros.